

LÉXICO DE LA CONSTRUCCIÓN

**Reedición a cargo de:
Joaquín Antuña Bernardo**

Madrid, 2009

PRESENTACIÓN

La palabra es bastante más que la expresión del pensamiento, no decimos lo que pensamos sino pensamos, porque somos capaces de hablar, los nombres de las cosas nos permiten evocarlas y manejarlas en nuestras relaciones con otros (lo primero que hizo *Adán* fue poner nombres a animales y plantas, y continuando con las citas bíblicas, tal es el poder de la palabra que viendo Dios que los hombres podían llegar a ser demasiado poderosos les envió la confusión de lenguas que les impidió completar la Torre de Babel, símbolo de su recién adquirido poder).

Obviamente pueden existir entes sin nombre, pero la falta de nombre los coloca en un plano inferior de la existencia, carecen de entidad social. Los diccionarios, y en alguna medida los léxicos, son una empresa fascinante: definen el significado de las palabras en función de otras palabras cuyo significado se encuentra en el propio diccionario, en función de otras palabras...en el interminable ejercicio de autoalusión que constituye la base de un idioma.

Reunir las palabras relacionadas con una actividad tan antigua como la construcción, fue en su momento una empresa titánica y naturalmente inacabada. Cuando van a cumplirse los 50 años de la publicación del "léxico", la construcción ha cambiado tanto que una actualización del léxico debería incorporar no pocos vocablos derivados del inglés, amen de prestar la adecuada atención, el habla de los países americanos en una labor al menos tan titánica como la emprendida en su día por D. Eduardo Torroja y rematada en sus últimos términos por Álvaro García Meseguer, hasta donde pudo, que fue mucho.

Los cambios en la forma de construir y en los que construyen, con la inexorable desaparición del oficio, fuente principal de términos propios, llevan de forma inevitable a la extinción por desuso de una buena parte del léxico, por lo que la obra que nos ocupa adquiere, además del sentimental, un considerable valor arqueológico que irá creciendo con el tiempo (que corre cada vez más deprisa para todos, menos para la academia de la lengua), lo que nos ha movido promover la presente reedición con las mínimas modificaciones ortográficas y de orden alfabético que explica Joaquín Antuña, esforzado artífice del trabajo.

Ricardo Aroca

INTRODUCCIÓN

En 1962 se publicó la primera edición del léxico de la construcción del Instituto Eduardo Torroja de la Construcción y del Cemento. En su prólogo, Álvaro García Meseguer reconocía lo ambicioso de la obra y se lamentaba de que no estuviese completa ni a su entera satisfacción. Aún así, decidieron dar por terminado el trabajo que, no obstante, reconocía al final del prólogo que debería completarse y perfeccionarse. Han transcurrido casi cincuenta años desde su publicación, y aunque hoy existen diccionarios técnicos generales, y de la construcción en particular, de diferentes autores y editoriales, ninguno ha conseguido superar la amplitud del léxico del instituto.

Se ha respetado el contenido de la edición original, desde los agradecimientos y la introducción. Únicamente se han hecho dos modificaciones. Se han eliminados las tildes de los diptongos como «constituído» que en 1962 era correcto colocarla y hoy no. También se ha adoptado el orden alfabético latino universal que no considera letras independientes a la *ch* y la *ll*, como se hacía en la edición original del léxico. Las palabras que empiezan por dichas letras se han colocado en el sitio correspondiente en las letras *c* y *l* respectivamente. Se ha mantenido la disposición de los signos de puntuación.

Se ha hecho, además, una pequeña aportación. En la edición original se destacaban con un asterisco aquellos términos que no aparecían en la decimotava edición del diccionario de la Real Academia Española o que, si figuraban, no aparecía la acepción concreta que al término se le daba en el léxico. Atendiendo a una sugerencia de Álvaro García Meseguer, hemos repasado esos términos para comprobar si la academia había reconocido alguno de esos términos. Para ello, se consultó la vigésimo segunda edición del diccionario de la RAE disponible en la red, durante el mes de julio de 2009. El resultado es el siguiente, de las 12.473 entradas incluidas en el léxico, 1940 tenían un asterisco, esto es, que su significado no figuraba en el diccionario. En la edición consultada, 389 de esos términos han sido incorporados al diccionario y aparecen en la última edición con el mismo significado que el incluido en el léxico. Además, otros cuatro términos (desmoldar, eclisa, eutéctico y extruir), figuran como nuevas entradas propuestas para la próxima edición del diccionario, según se ha comprobado en la consulta realizada en julio de 2009. En la presente edición, estos 389 términos admitidos por la RAE, más los cuatro propuestos para la próxima edición, aparecen señalados con el signo @ antes del asterisco.

En una parte importante de esos términos, la definición que se da en el diccionario de la academia coincide exactamente con la del léxico. Esto nos da una idea de la actualidad del léxico y de la utilidad y conveniencia de su reedición.

Joaquín Antuña Bernardo
Madrid, junio 2009

PRÓLOGO A LA REEDICIÓN

Cuando en 1959 entré a trabajar con él, uno de los primeros trabajos que me encomendó el profesor Torroja —«don Eduardo» para quienes tuvimos la fortuna de pertenecer a su equipo—, fue la coordinación de lo que, años más tarde, sería el *Léxico de la Construcción*, obra que él había iniciado siguiendo un procedimiento singular: había repartido una letra por persona desde muchos años antes, con el encargo de hacer una ficha por palabra y su correspondiente definición.

Al releer ahora la Introducción que escribí en 1962 entiendo que el total de fichas que tuve que manejar entonces debió rondar las 40.000. Lo que sí recuerdo bien es que me las llevé en una maleta al campamento militar de Los Dolores, en Cartagena, donde me correspondió hacer las prácticas de alférez dentro del sistema de milicia universitaria, lo que me permitió dedicar a mi trabajo un buen número de horas de las más de cuatro mil que duraron aquellos tan castrenses como inútiles seis meses de mi juventud.

Vista con ojos de hoy esa Introducción resulta defectuosa, porque se basa en la creencia de que el español que se habla en España es el bueno y que los diversos españoles que se hablan en Latinoamérica tienen un menor rango. A título de ejemplo transcribo el siguiente párrafo:

Por eso, al lector hispanoamericano quisiéramos decirle, con un cariño especial, que aquí hay un intento de unos técnicos españoles para que él tenga una referencia de dicción castellana. Si crees, lector, que la idea merece la pena, sigue esta referencia, ajústate a ella.

¡Tremendo disparate del que me avergüenzo hoy! Pero eran otros tiempos...

Álvaro García Meseguer
Majadahonda, junio 2009

INTRODUCCIÓN

Elaborar un diccionario, siquiera sea reducido a un campo de aplicación concreto —el de la construcción—, es tarea larga, difícil y de gran responsabilidad. Ello no se nos oculta. Y tanto es así que esta primera edición del léxico de la construcción sale de nuestras manos con un cierto escozor, una especie de desazón en la idea de que la obra no es totalmente satisfactoria ni completa.

Seleccionar más de trece mil vocablos y definiciones de entre un número tres veces superior reunido inicialmente; precisar su significado exacto; dar redacción uniforme a esos significados; juzgar acerca de la propiedad o impropiedad de muchos términos, etc., etc., es tarea, repetimos, larga, difícil y de gran responsabilidad, presidida por la doble inquietud, perenne y nunca apaciguada, de no omitir, por un lado, y de no recargar, por otro.

Pero el empeño existía, el ánimo existía, y la voluntad de llenar una laguna en nuestra técnica, a nuestro juicio importantísima, existía. No se trata tan sólo de explicar el significado de términos que, más o menos, todos los técnicos conocen. Ni aún, yendo más lejos, se trata tan sólo de difundir vocablos correctos, ignorados por la mayoría, que eviten perífrasis e imprecisiones. Se trata, además, de poner orden en nuestro lenguaje, de emplearlo en derecho, de evitar los barbarismos cuando sean innecesarios, de señalar nuestros vicios de dicción. Se trata, también, de dar un toque de atención: muchas de nuestras palabras (señaladas con asterisco en el texto) no figuran en el diccionario de la Real Academia; de entre ellas, algunas tan cotidianas como probeta, batear, tablestaca, retacar (una junta), isotropía, etc., etc. Los técnicos, una vez más hay que dolerse de ello, nos despreocupamos a menudo —calificándolas de «sutiles»— de cosas importantes.

Y todavía algo más, algo que se olvida con frecuencia, algo de gran responsabilidad: Hispanoamérica. La natural evolución del castellano técnico en cada uno de los países hispanoamericanos ha llegado a producir diferencias de dicción, a veces importantes, de unas naciones a otras. Desgraciadamente, la influencia técnica española no ha podido ganar la partida a otras más próximas y de idioma extraño, con lo que términos como «concreto» y «forma» han desbancado allá a los nuestros «hormigón» y «encofrado, molde». No es hora de lamentarse de ello.

Pero sí es hora, o al menos así lo creemos nosotros, de iniciar el camino hacia una comunidad de léxico. Por eso, al lector hispanoamericano quisiéramos decirle, con un cariño especial, que aquí hay un intento de unos técnicos españoles para que él tenga una referencia de dicción castellana. Si crees, lector, que la idea merece la pena, sigue esta referencia, ajústate a ella.

Con todas estas ideas rondando un buen día se dio comienzo a este trabajo. Y con todas estas ideas rondando, un buen día, por fin, se terminó, o mejor, se decidió dar por terminada, la obra. Y aquí está.

Pero nosotros sabemos bien que puede y debe perfeccionarse y completarse. Por eso, agradeceremos vivamente cuantas sugerencias y observaciones nos lleguen de los lectores. Y por eso, esta primera edición sale de nuestras manos con un cierto escozor, una especie de desazón.

A. G. M.
1962

PARA EL USO DE ESTE DICCIONARIO

Las locuciones, términos compuestos de dos o más palabras, etc., van siempre en el artículo correspondiente a su primer vocablo, apareciendo la referencia en cada uno de los restantes. Así, por ejemplo, **HIERRO DE PRIMERA FUSIÓN** debe buscarse en el artículo **HIERRO**, y en los artículos **PRIMERO**, **A**; **FUSIÓN**, se hace referencia, en letra cursiva, al término completo. La expresión **FUERA ABAJO**, análogamente, debe buscarse en el vocablo **FUERA**, y en el artículo **ABAJO** aparece la referencia correspondiente. Cuando hay varios términos compuestos cuyo primer vocablo es común, la ordenación de ellos sigue un riguroso orden alfabético, en el que intervienen no sólo los nombres, sino también los artículos, preposiciones y cualquier otra partícula. Es decir, que, por ejemplo, **ARCO DE MITRA** va colocado antes que **ARCO EN GOLA**.

Se han destacado con un asterisco aquellos vocablos que no aparecen en el diccionario de la Real Academia Española¹, bien por no figurar en absoluto (por ejemplo, ***GRIFA**), bien porque dicho diccionario no recoge la aceptación que interesa (por ejemplo, ***PROBETA**).

Con dos asteriscos figuran aquellos vocablos incorrectos, que hoy día se emplean más o menos frecuentemente, y cuyo uso debe ser evitado ora por tratarse de barbarismos (****BULLDOZER**, en vez de topadora), ora por tratarse de voces castellanas inexistentes, viciosas o impropiaamente aplicadas (****ENTALLA**, en vez de entalladura; ****CUBRICIÓN**, en lugar de cobertura).

¹ Decimoctava edición, 1956.